

PABLO NERUDA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: VIVENCIAS, RELACIONES, EXILIO Y ESPERANZA

Marco Antonio de la Ossa

University of Castilla-La Mancha, Didáctica de la Expresión Musical Department

Resumen: Uno de los trabajos más importantes y desconocidos del poeta Pablo Neruda no tuvo nada que ver con la literatura. El premio Nobel tuvo una relación estrecha con España, ya que vivió en este país durante diferentes momentos de su vida. Además, conoció y departió con una gran cantidad de literatos, políticos, artistas y personalidades españolas destacadas de la primera mitad del s. XX, en especial con Federico García Lorca. Una vez iniciada la guerra civil española (1936-1939), se alineó desde el primer momento con el bando republicano. Dedicó varios libros de poesía a este conflicto bélico e, incluso, organizó un congreso de literatura en Madrid.

Una vez concluida la guerra, prestó una gran atención a los exiliados republicanos que se vieron obligados a cruzar la frontera con Francia a inicios de 1939 a causa de la represión franquista. Después de conocer la durísima situación en la que vivían, Neruda convenció al presidente de su nación para que permitiera el asilo en su país. Gracias a la labor del poeta, se botó finalmente el *Winnipeg*, un barco que llevó a cerca de dos mil quinientos refugiados republicanos españoles a Chile.

Palabras clave: Pablo Neruda, guerra civil española, Winnipeg, Federico García Lorca, represión, exilio.

PABLO NERUDA AND THE SPANISH CIVIL WAR: EXPERIENCES, CONNECTIONS, EXILE AND HOPE

Abstract: One of the most remarkable works of the poet Pablo Neruda wasn't related to literature. The Nobel Prize had a close relationship with Spain as he was living there in different moments in his life. He also met and conversed with many of the most important literary persons, politicians, artists and other Spanish celebrities of the first half of the XX century, especially Federico García Lorca. Since the beginning of the Spanish Civil War (1936-1939), Neruda was very close to the Republican side. He wrote several books of poetry dedicated to this war, and even organized a literature congress in Madrid.

When the war finished, he paid attention to the Spaniards republican exiled who were forced to cross the border toward France in the early 1939 because of the Franco repression. Knowing the hard situation they were living, Neruda convinced the President of his nation to allow asylum in his country. The *Winnipeg* would be the ship that carried about 2500 Spanish, because of the determination of Neruda and other institutions, to Chile.

Keywords: Pablo Neruda, Lorca, Spanish civil war, Winnipeg, repression, exile.

1. El final de la guerra civil española: represión y exilio

De forma independiente al análisis o aproximación que llevemos a cabo en relación a la guerra civil española, lo primero que siempre se debe recordar es que este conflicto bélico fue una tragedia horrenda y horrible. Causada por levantamiento militar contra el gobierno democrático que se produjo en julio de 1936, esta contienda tiñó de sangre y odio a un país que se transformó en un puzle sin resolución de continuidad durante casi tres años, ya que extendió su macabro desarrollo hasta abril de 1939. Como consecuencia, la vieja piel de toro sufrió una disputa provocada, fratricida y dramática que afectó y sembró de cadáveres, miedo, sufrimiento, hambre, odio, venganza, desprecio y soledad a la práctica totalidad de su geografía.

En estos durísimos instantes, las dos facciones consideraron a la literatura y a la música como dos elementos de primer orden; también al cartelismo. De un lado, los autoproclamados ‘nacionales’ (aunque tal vez sería más adecuado definirlos como nacionalistas), un compendio de agrupaciones y formaciones de extrema derecha que pronto tuvieron al general Franco como máximo dirigente, se alzaron el 18 de julio de 1936 contra el gobierno democráticamente elegido. Además, en esta facción se integraron tropas regulares marroquíes, la Legión, la Falange y un buen número de soldados y armamento proveniente del nazismo alemán y del fascismo italiano: tanto Hitler como Mussolini apoyaron abiertamente tanto ideológica como material y humanamente a los sublevados.

En la otra orilla, el Frente Popular, compuesto por una coalición de partidos, facciones y sindicatos de izquierda, defendía la legitimidad de los resultados democráticos de las elecciones de 1936 en las que salió justo vencedor. Pese a ese inicial punto a favor, la disparidad de ideologías presentes en su seno provocó un gran número de desavenencias y disputas que dieron como resultado una falta de cohesión en muy diferentes momentos de la contienda.

El desenlace de la guerra civil española continuó la macabra línea trazada en su desarrollo y dibujó un panorama final desolador y desalentador. Como consecuencia, los derrotados tuvieron que sufrir el escarnio de los vencedores, que tomó muy diversas formas: represión, exilio, huida, fusilamiento, tortura, expedientes de depuración, burla pública, internamiento en campos de concentración, trabajos forzados... Así, el general Franco desarrolló una durísima política en la que no hubo espacio para la reconciliación o el perdón.

Esta respuesta se esperaba entre milicianos, soldados y gentes de la retaguardia. Por ello, en la recta final de la guerra civil miles de personas trataron de escapar de las zonas fieles al gobierno republicano y buscaron refugio en otros lugares. Algunos se agolparon en los puertos de la zona de Levante con la desesperada idea de encontrar un hueco en barcos fletados para huir a otros países, aunque muy pocos zarparon:

Fue especialmente funesta la situación del puerto de Alicante en los últimos días. Un rumor corrió como la pólvora: la flota republicana, que había partido el 7 de marzo, podría volver en próximas fechas. También se esperaban otros barcos procedentes de Inglaterra y Francia. Finalmente, solo cuatro aparecieron antes de que las tropas franquistas entraran en la ciudad. En ese momento, muchos eligieron otro destino distinto al que las los vencedores habían diseñado para ellos: el suicidio (Ossa 320).

Tras la victoria sublevada en la Batalla del Ebro, una de las más duras de la guerra civil, celebrada en el verano de 1938, Franco atendió a uno de los últimos territorios que le faltaban por conquistar: Cataluña, una región española en la que se sitúa buena parte de la frontera con Francia. Los rebeldes no dudaron en pedir más ayuda armamentística a Hitler, por lo que su victoria era cuestión de días; su avance fue imparable. En consecuencia, gran parte de la población, incluida la militar, huyó en desbandada para alcanzar la frontera francesa. En muchos momentos y sin compasión alguna, fueron perseguidos y acribillados por bombardeos y aviones hasta metros antes del país vecino: "cientos de miles de hombres fugitivos repletaron las carreteras que salían de España. Era el éxodo de los españoles, el acontecimiento más doloroso en la historia de España" (Neruda *Confieso que he vivido* 143).

En pleno invierno, a pie y portando consigo las pocas pertenencias que pudieron salvar, miles de personas se vieron obligadas a cruzar los Pirineos, una de las cordilleras más agrestes de España. Ante la avalancha de refugiados, el gobierno francés abrió las fronteras el 27 de enero. Pero el recibimiento no fue el esperado, ya que fueron confinados en campos de concentración en

condiciones infrahumanas. Dos de los más conocidos fueron los de Saint Cyprien o Argelés-sur-Mer, aunque también emplazaron a un buen número de ellos en sus territorios africanos. Tristemente, las noticias de esta realidad parecieron no importunar en demasía a buena parte del mundo:

Nacían criaturas que eran paridas sobre la arena húmeda y protegidas en cajas de cartón, mientras cientos de enfermos de disentería agonizaban y contagiaban a sus compañeros de infortunio. El espacio vital era mínimo, la promiscuidad enorme. Las condiciones de vida eran imposibles de imaginar hoy día. Las instalaciones sanitarias inexistentes. Áreas abiertas de los campos de concentración se convirtieron en estercoleros en que hombres, mujeres y niños concurrían a defecar. En tales deplorables condiciones higiénicas, las heridas de los refugiados se gangrenaban con facilidad y las amputaciones eran frecuentes. No existían medicamentos ni anestesia. Incluso, en la mayoría de los campos, el agua para lavarse era inexistente, sólo había agua, en pequeñas cantidades, para beber, que llegaba en camiones cisterna” (de la Sierpe online).

2. Pablo Neruda y España. Federico García Lorca

Pocas naciones atendieron al sufrimiento republicano español. Entre este pequeño grupo, llama poderosamente la atención las latinoamericanas. Una de ellas tuvo una importancia capital, encabezada por uno de sus artistas más destacados: Chile y el poeta Pablo Neruda, que relató así esta dramática situación (*Confieso que he vivido* 160-161):

Las noticias aterradoras de la emigración española llegaban a Chile. Más de quinientos mil hombres y mujeres, combatientes y civiles, habían cruzado la frontera francesa. En Francia, el gobierno de León Blum, presionado por las fuerzas reaccionarias, los acumuló en campos de concentración, los repartió en fortalezas y prisiones, los mantuvo amontonados en las regiones africanas, junto al Sahara.

La relación del literato con España venía de años atrás, ya que conoció el auge de la Residencia de Estudiantes de Madrid, lugar en el que compartió charlas y amistad con grandes personalidades. Avanzando en el tiempo, en 1934 el gobierno chileno lo envió a Barcelona como miembro de su comité encargado de las relaciones internacionales, debido a que regentaba diferentes cargos en el exterior de su país.

Poco después, se convirtió en cónsul en Madrid, ciudad en la que, de nuevo, entró en contacto con los principales artistas e intelectuales españoles. Años atrás había conocido a Federico García Lorca en Argentina, por lo que, en poco tiempo, se integró a la perfección en el ambiente literario madrileño. Así comparó el propio Neruda (*Confieso que he vivido* 34) las generaciones latinoamericanas e ibéricas:

Los españoles de mi generación eran más fraternales, más solidarios y más alegres que mis compañeros de América Latina. Comprobé al mismo tiempo que nosotros éramos más universales, más metidos en otros lenguajes y otras culturas. Eran muy pocos entre ellos los que hablaban otro idioma fuera del castellano.

La guerra civil española le sorprendió en Madrid. Según él mismo afirmó, el conflicto “cambió mi poesía” (Neruda *Confieso que he vivido* 134); también su forma de ver y entender el mundo. Su casa en esta ciudad, emplazada en el barrio de Argüelles, conforme fue avanzando el cerco que las tropas franquistas realizaron sobre la capital de España a poco de iniciada el conflicto, se quedó entre dos sectores. Por ello, sufrió en primera persona los avatares del durísimo conflicto (Neruda *Confieso que he vivido* 153):

De un lado avanzaban moros e italianos... De acá avanzaban, retrocedían o se paraban los defensores de Madrid... Por las paredes había entrado la artillería... Las ventanas se partieron en pedacitos... Restos de plomo encontré en el suelo, entre mis libros... Miré hacia lo lejos, más allá de la ciudad universitaria, hacia las planicies, hacia los castillos antiguos... Me pareció vacía España

Durante el conflicto bélico, alternó su residencia con París. Con el objetivo de denunciar lo que ocurría en España, ideó un congreso de escritores antifascistas que provinieran de todas partes del mundo. Se celebraría en Madrid, pese a la compleja situación y la cercanía del frente de guerra a la ciudad. Lo cierto es que estas jornadas literarias consiguieron aglutinar a un buen número de creadores de muy diversas procedencias. El viaje deparó distintas imágenes curiosas (Neruda *Confieso que he vivido* 151): “nunca había salido de París un tren tan lleno de escritores como aquel. Por los pasillos nos reconocíamos o nos desconocíamos. Algunos se fueron a dormir; otros fumaban interminablemente. Para muchos España era el enigma y la revelación de aquella época de la historia”.

Unos meses después, en el discurso de clausura de la Primera Conferencia Americana por la Cooperación Intelectual, celebrado en Santiago el 11 de enero de 1939 y después publicado en el diario La Nación el 22 de enero de 1939, “América y Europa 1939: España no ha muerto”, recordó a sus colegas el congreso que celebró en Madrid entre bombardeos, aunque con un espíritu de esperanza y de lucha que debía caracterizar al futuro:

Amigos de toda América: hace poco más de un año, nos reunimos en una asamblea como ésta sesenta escritores de todas las regiones del mundo, en la capital llameante de España. Os juro que en esa reunión de hombres del espíritu, unidos bajo los bombardeos de los enemigos de la civilización, en esas reuniones, en esas comidas dentro de una ciudad sitiada, hubo más alegría que en estas reuniones protegidas por el espíritu de mi pueblo encarnado en nuestra universidad. Y es que allí nos juntábamos, no a analizar las consecuencias de un mundo perdido, sino a crear la realidad de un mundo futuro. Ante la explosión más o menos continua de las bombas enemigas nos reuníamos a cantar nuestras canciones de esperanza: era la voz de Orfeo en las puertas del infierno, era la voz del pueblo encarnado por vez primera en intelectuales que la vida desparramaba por todos los países y que a única realidad actual, la espantosa realidad de la cultura amenazada, junto en Madrid, en la capital del mundo (Neruda *Obras completas. IV* 381).

También dejó un importante hueco en su obra literaria a la guerra civil española, que se convirtió, desde la sublevación rebelde que le dio inicio, en un tema primordial para el poeta. De esta forma, escribió numerosos textos en los que aludió directamente a este conflicto y mostró a las claras su apoyo al régimen democrático.

Uno de los primeros escritos, “Tempestad en España”, fue publicado en la revista *Nuestra España* en París el 9 de marzo de 1937. Antes de denunciar el asesinato de una gran cantidad de maestros en Galicia y el alineamiento con las teorías alemanas de Franco, también aludió al fusilamiento de su amigo el poeta Federico García Lorca. Además, indicó que, tras el asesinato del dramaturgo granadino, se quemaron gran cantidad de sus libros en su ciudad. Por todo ello, el chileno expuso a las claras el por qué de su alineamiento con el Frente Popular:

Quiero responder de una vez por todas que, al situarme en la guerra civil al lado del pueblo español, lo he hecho en la conciencia de que el porvenir del espíritu y de la cultura de nuestra raza dependen directamente del resultado de esta lucha. Supongamos por un momento que los bestiales elementos militares llegaran a triunfar en España, supongamos que Franco, Von Faupel y Conti implantaran su régimen de traición e invasión, no nos detengamos en las consecuencias morales y materiales de una catástrofe semejante, pensemos un momento en lo que sobreviviría del intelecto (Neruda *Obras completas. IV 347*).

También criticó la actitud de algunos literatos y científicos que se posicionaron del lado de los rebeldes, debido a que consideró que los verdaderos investigadores y artistas se pusieron del lado del gobierno elegido en las urnas. En definitiva, la lucha iba más allá de postulados políticos, ya que también englobaba al mundo del arte y los intelectuales:

Y los rifleros del pueblo al defender su vida defienden las bibliotecas y los museos, y nos defienden a nosotros, escritores de lengua española. Al defender sus ciudades defienden el intelecto de nuestra raza madre. Y yo estoy con ese espíritu indestructible, con el corazón épico y valeroso de España irreductible, con el mismo corazón del pueblo que hizo brotar los primeros torrentes de poesía, ahora bases pétreas de nuestro idioma. Estoy y estaré con el pueblo español masacrado por el bandidaje y el celestinaje internacional. Y a todos mis múltiples amigos de América Latina quiero decir: no me sentiría digno de vivir si así no fuera (Neruda *Obras completas. IV 348*).

La muerte de Lorca fue un tema al que aludió en numerosas ocasiones, ya que afectó notoriamente al chileno. Le dedicó un artículo en el tercer número de revista *Hora de España*, publicada en Valencia en marzo de 1937. Bajo el título “Federico García Lorca”, definió su personalidad, carácter y calidad literaria. Para Neruda (*Obras completas. IV 349*), el granadino captó la esencia de España en sus escritos, por lo que su muerte tuvo implícitos otros muchos significados:

Federico García Lorca! Era popular como una guitarra, alegre, melancólico, profundo y claro como un niño, como el pueblo. Si se hubiera buscado difícilmente, paso a paso, por todos los rincones de quien sacrificar, como se sacrifica un símbolo, no se hubiera hallado lo populares español, en velocidad y profundidad, en nadie ni en nada como en este ser escogido. Lo han escogido bien quienes al fusilarlo han querido disparar al corazón de su raza. Han escogido para doblagar y martirizar a España, agotarla en su perfume más rápido,

quebrarla en su respiración más vehemente, cortar su risa más indestructible. Las dos Españas más inconciliables se han experimentado ante esta muerte: la España subterránea y landita, la España crucificadora y venenosa de los grandes crímenes dinásticos y eclesiásticos, y frente a ella la España radiante del orgullo vital y del espíritu, la España meteórica de la intuición, de la continuación y del descubrimiento, la España de Federico García Lorca.

El gran éxito que tuvo en vida Lorca fue otro de los temas principales del escrito. En un encuentro que celebraron en Argentina, realizaron un homenaje a Rubén Darío al alimón, es decir, con un discurso en el que se fueron entremezclando sus aportaciones. Este formato simula el lance taurino en el que dos toreros se enfrentan a un mismo toro al tiempo.

Después, el chileno se sorprendió de ver la capacidad de llegada y trascendencia de Federico, que recitó sus poemas en numerosas ocasiones delante de multitudes, un hecho poco frecuente. Pese a ello, no comprendía del hecho de que Lorca tuviera enemigos y contradictores (lo mismo le sucedía a él mismo) que trataron de impedir los actos que realizaron en conjunto:

Estos contradictores se sienten estimulados y quieren apagar la luz para que a uno no lo vean. Así sucedió aquella vez. Como había interés en asistir al banquete que nos ofrecía el Pen Club en el Hotel Plaza, a Federico y a mí, alguien hizo funcionar los teléfonos todo el día para notificar que el homenaje se había suspendido. Y fueron tan acuciosos que llamaron incluso al director del hotel, a la telefonista y al cocinero-jefe para que no recibieran adhesiones ni repararan la comida. Pero se desbarató la maniobra y al fin estuvimos reunidos Federico García Lorca y yo, entre cien escritores argentinos (Neruda *Confieso que he vivido* 129).

No solo le llamaron la atención sus cualidades literarias. Coincidió con muchos otros literatos y músicos que le conocieron en resaltar su calidad humana y su personalidad magnética, profunda, mágica y sensible (*Confieso que he vivido* 140):

¡Qué poeta! Nunca he visto reunidos como en él la gracia y el genio, el corazón alado y la cascada cristalina. Federico García Lorca era el duende derrochador, la alegría centrífuga que recogía en su seno e irradiaba como un planeta la felicidad de vivir. Ingenuo y comediante, cósmico y provinciano, músico singular, espléndido mimo, espantadizo y supersticioso, radiante y gentil, era una especie de resumen de las edades de España, del florecimiento popular; un producto arábigo andaluz que iluminaba y perfumaba como un jazminero toda la escena de aquella España, ¡ay de mí!, desaparecida... En el teatro y en el silencio, en la multitud y el decoro, era un multiplicador de la hermosura. Nunca vi un tipo con tanta magia en las manos, nunca tuve un hermano más alegre. Reía, cantaba, musicaba, saltaba, inventaba, chisporroteaba. Pobrecillo, tenía todos los dones del mundo, y así como fue un trabajador de oro, un abejón colmenar de la gran poesía, era un manirroto de su ingenio.

También remarcó su cariz social, su concepción del arte y el trabajo que realizó al frente de La Barraca, la compañía de teatro universitario con la que Lorca recorrió una gran cantidad de pueblos de España. En estas giras representó obras teatrales del llamado Siglo de Oro delante de gentes que antes no había disfrutado de este arte. Por todo ello, tras su asesinato no cabía ni el perdón ni el olvido (Neruda *Obras completas. IV* 352):

Comprendedme y comprended que nosotros, los poetas de América España y los poetas de España, no olvidaremos, ni perdonaremos nunca, el asesinato de quien consideramos el más grande entre nosotros, el ángel de este momento de nuestra lengua. Y perdonadme que de todos los dolores de España os recuerde sólo la vida y la muerte de un poeta. Es que nosotros no podremos nunca olvidar este crimen, ni perdonarlo. No lo olvidaremos ni lo perdonaremos nunca. Nunca.

No fue la única ocasión en la que habló públicamente de Federico. En un discurso que realizó en la inauguración del monumento a Lorca en Sao Paulo, Brasil, en 1968, recordó algunas de las cualidades de la personalidad del poeta. La alegría era una constante en él:

Era un niño abundante, el joven caudal de un río poderoso. Derrochaba la imaginación, conversaba con iluminaciones, regalaba la música, prodigaba sus mágicos dibujos, rompía las paredes con su risa, improvisaba lo imposible, hacía de la travesura una obra de arte. Nunca he visto tanta atracción y tanta construcción en un ser humano. Este gran jugueteón escribió con la mayor conciencia y si desenfrenó su poesía con locura y con ternura, yo sé que era un sabio ancestral, un heredero de la gracia y de la grandeza del idioma español. Pero lo que me sobrecoge es pensar que estaba comenzando, que no sabemos dónde hubiera llegado si el crimen no hubiera aplastado su mágico destino (Neruda *Obras completas*. V 321).

Su amistad con Lorca también deparó momentos divertidos. Según narró el propio Neruda, ambos fueron invitados a una comida en casa de un millonario. A la misma reunión fue convocada una poetisa de la que el chileno pronto se sintió atraído. El trío de literatos acudió a una piscina iluminada al caer la noche. Neruda y su colega comenzaron a besarse en una torre frente a la mirada extrañada de Lorca, que fue invitado a vigilar que nadie atendiese a ese encuentro. La escena tuvo un final inesperado:

Mientras el sacrificio al cielo estrellado a Afrodita nocturna se consumaba en lo alto de la torre, Federico corrió alegremente a cumplir su misión de celestino y centinela, pero con tal apresuramiento y tan mala fortuna que rodó por los escalones oscuros de la torre. Tuvimos que auxiliarlo mi amiga y yo, con muchas dificultades. La cojera le duró quince días (Neruda *Confieso que he vivido* 134-135).

El conocimiento de su muerte le causó una honda impresión y una repulsa que trasladó a diferentes escritos, ya que le conmovió profundamente (*Confieso que he vivido* 142):

Federico García Lorca no fue fusilado: fue asesinado. Naturalmente nadie podía pensar que le matarían alguna vez. De todos los poetas de España era el más amado, el más querido, y el más semejante a un niño por su maravillosa alegría. ¿Quién pudiera creer que hubiera sobre la tierra, y sobre su tierra, monstruos capaces de un crimen tan inexplicable?

Por ello y de la misma manera que en otros casos, en el caso del asesinato de Lorca no cabía olvido, consuelo ni perdón, ya que eliminaron la personificación de la bondad, la dulzura, la sensibilidad, la música, la poesía, el arte en mayúsculas. Así lo manifestó en un artículo que publicó en un artículo que, bajo el título de “Federico García Lorca”, publicó en la revista *Hora de España* en marzo de 1937 pocos meses después de la desaparición del granadino :

Comprendedme y comprended que nosotros, los poetas de América España y los poetas de España, no olvidaremos, ni perdonaremos nunca, el asesinato de quien consideramos el más grande entre nosotros, el ángel de este momento de nuestra lengua. Y perdonadme que de todos los dolores de España os recuerde sólo la vida y la muerte de un poeta. Es que nosotros no podremos nunca olvidar este crimen, ni perdonarlo. No lo olvidaremos ni lo perdonaremos nunca. Nunca.

En todos los escritos que dedicó a España, Neruda trató de dar a conocer la realidad española a sus compatriotas y a toda Latinoamérica. En este sentido, publicó un artículo el 16 de febrero de 1938 en el diario *Claridad* de Santiago de Chile en el que utilizó también el título de “Tempestad en España” (Neruda *Obras completas. IV* 354) para contar su gran relación con este país y las situaciones que se daban en la vieja piel de toro. Así, subrayó el hecho de que en el bando franquista, que consideró la rebelión como una cruzada contra el ateísmo, se integraban las fuerzas regulares marroquíes, que profesaban la fe musulmana, lo que para Neruda resultaba una gran contradicción. Al tiempo, también formaban parte de esta facción las tropas nazis que asesinaban a sacerdotes en Alemania y que crearon en España los campos de concentración que se harían tristemente célebres en la segunda guerra mundial.

De la misma manera, en sus alocuciones públicas, la guerra de España fue un tema que Neruda empleó en numerosas ocasiones. De esta manera, en un discurso que efectuó en la Casa del Pueblo de Temuco el 2 de julio de 1938, “Chile 1938: pueblo y combate”, publicado posteriormente en *La Voz Radical* de Temuco el 2 de julio de 1938, aludió al esfuerzo y valentía de los trabajadores que luchaban por la democracia en España. Al tiempo, criticó duramente las políticas que se estaban llevando a cabo en Chile que trataban de vender las riquezas minerales y naturales del país a empresarios mercenarios:

Allí en Madrid, corazón quemante y humeante y dolorido del mundo, quiero haber representado a Chile en sus obreros y en sus intelectuales, destrozados y martirizados por una reacción, por una ola de mercaderes sin ley y sin alma. No son la patria ellos, como no son la patria española los traidores de Franco, ni los moros e italianos y alemanes que taladran los angustiosos campos de nuestra gran madre española. No, la madre somos nosotros, los que combatimos por la verdadera tradición de nuestras libertades, mancilladas hoy por una clase aprovechada y amenazada por una inmensa ola de tiranía universal. Nuestra es la patria, chilenos que me escucháis (Neruda *Obras completas. IV* 261).

Siguió la misma línea en un discurso que leyó en marzo de 1939 en representación de la Alianza de Intelectuales ante el Congreso Internacional de las Democracias que se celebró en Montevideo, después publicado en el número 10 de *Aurora de Chile* el 6 de mayo de 1939 bajo el título “España no ha muerto”. Además de comparar de nuevo a Federico García Lorca con España, remarcó la importancia de la respuesta de los trabajadores ante la compleja situación provocada por la rebelión militar:

Cantaba las calles de Madrid, del Madrid anterior a la lucha, cantaban los niños de España, cantaban porque había llegado el Frente popular y celebraban esa ventana abierta hacia el futuro. Ellos, los trabajadores de España, habían abierto esa ventana al mundo, y en ese hueco de luz y de sombra veíamos los rostros de España, los rostros heridos por el hambre iluminados por un nuevo resplandor planetario, y llenos de una canción poderosa como la tierra y fuerte como el tiempo. Y esa canción nacional e internacional, bajo la rápida primavera castellana apoyándose en las mismas piedras del misterio y en las mismas fuerzas de esta nueva primavera decía a toda la tierra: “Arriba los pobres del mundo” en el atardecer de las fábricas de Madrid, en el amanecer de los nuevos follajes y entre el canto sin corazón de los pájaros, arriba los pobres del mundo, cantaba la humanidad desde la boca sedienta de España (Neruda *Obras completas. IV* 383-384).

Del mismo modo, subrayó la unión que hubo entre obreros, campesinos e intelectuales, que no dudaron en acudir a los pueblos para educar y mostrar la cultura y el arte a aquellos que no habían tenido posibilidades de formarse (Neruda *Obras completas. IV* 386):

Como en una cera virgen se modelaban los grandes ejemplos: los poetas salían a los campos a mostrar la pintura y la poesía y el cine; y como un espectro de espiga, como una tenaz raíz de trigo, como una fotografía del ámbar, Federico García Lorca, Grande de España, salía por las aldeas y por los caminos de Extremadura y Castilla a enseñar al pueblo y a aprender de él todo lo que fue: porque ese hombre entre todos fue como el pueblo, fue harina pura, inmaculada piedra. En grandes carromatos los intelectuales, es decir, mis hermanos, los verdaderos, los de la tierra, los del pueblo, los de la letra que no traiciona sino que enciende, en grandes y destartados carruajes salían los intelectuales cada día para dar luz y palabras a los campesinos.

También dedicó numerosos poemas al conflicto español. Incluso, uno de sus poemarios más intensos, *España en el corazón*, fue editado en la imprenta del monasterio de Montserrat por los propios soldados del frente. Estos trabajadores improvisados antes no habían trabajado en ninguna imprenta, y realizaron esta labor en condiciones muy complejas, debido a que se estaban desarrollando los momentos finales de la contienda:

Los soldados del frente aprendieron a parar los tempos de imprenta. Pero entonces faltó el papel. Encontraron un viejo molino, y allí decidieron fabricarlo. Extraña mezcla la que se elaboró, entre las bombas que caían, en medio de la batalla. De todo le echaban al molino, desde una bandera del enemigo hasta la túnica ensangrentada de un soldado moro. A pesar de los insólitos materiales, y de la total inexperiencia de los fabricantes, el papel quedó muy hermoso. Los pocos ejemplares que de ese libro se conservan, asombran por la tipografía y por los pliegos de misteriosa manufactura. Años después vi un ejemplar de esta edición en Washington, en la biblioteca del Congreso, colocado en una vitrina como uno de los libros más raros de nuestro tiempo (Neruda *Confieso que he vivido* 143).

Poco después de ser encuadernado, la II República cayó derrotada, por lo que se conservaron muy pocos ejemplares, ya que fueron destruidos en su mayoría. Debido a la defensa que Neruda realizó de la democracia española, el gobierno chileno decidió relegarle de su cargo. No por ello cesó su apoyo al Frente Popular: en meses posteriores editó, junto con Nancy Cunard, una nueva publicación poética, *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*. Él mismo señaló el gran caudal literario que provocó la

guerra española en todo el mundo, y lo comparó con el generado en la II Guerra Mundial, menor en talento y cantidad con respecto a la española:

No ha habido en la historia intelectual una esencia tan fértil para los poetas como la guerra española. La sangre española ejerció un magnetismo que hizo temblar la poesía de una gran época. No sé si la publicación tuvo éxito o no, porque por ese tiempo terminó mal la guerra de España y empezó mal otra nueva guerra mundial. Esta última, a pesar de su magnitud, a pesar de su crueldad inconmensurable, a pesar de su heroísmo derramado, no alcanzó nunca a embargar como la española el corazón colectivo de la poesía (Neruda *Confieso que he vivido* 146).

3. Winnipeg, el barco de la esperanza

Neruda encabezó una misión tal vez no todo lo conocida que debiera también relacionada con España: la de fletar un barco que llevara a Chile a cuantos refugiados republicanos españoles se pudiera. Esta idea fue motivada por el cambio de sino que sufrió el país sudamericano, ya que, en 1939, su gobierno estaba dirigido por una coalición que vino a llamarse como el Frente Popular chileno, término empleado desde la II República por su homólogo europeo.

Tampoco hay que olvidar el hecho de que, poco antes, más en concreto el 24 de enero de 1939, un terremoto afectó gravemente a la zona de Chillán. En este desastre murieron cerca de seis mil personas, por lo que también estaban sufriendo una tragedia. Al mismo tiempo, Francia esperaba un inminente ataque alemán, ya que la II Guerra Mundial estaba iniciando su desarrollo.

Así, Neruda marchó a Francia para tratar de dar una nueva vida a un buen número de exiliados que permanecían en campos de concentración en este país. Según sus propias palabras, esta labor se convirtió en "la más noble misión que he ejercido en mi vida" (*Confieso que he vivido* 161). El poeta había salido recientemente de una operación y tenía la pierna enyesada, aunque no dudó en viajar al país galo para encargarse en persona de la inmigración.

La ayuda a la II República española y a sus combatientes no era una idea nueva para el poeta, ya que en diferentes artículos que escribió en 1938 exigió públicamente al entonces presidente, Pedro Aguirre Cerdá, que colaborara con el Frente Popular del país europeo. En uno de ellos, "La educación será nuestra epopeya", editado en el número 6 de *Aurora de Chile* el 3 de diciembre de 1938, subrayó la deuda cultural que Chile tenía con España para, de esta manera, tratar de adelantar esta urgente colaboración:

Es necesario recordar que España nos ha dado más ayuda de la que le damos. La gran estirpe de su indomable pueblo ha enseñado al nuestro que los derechos del hombre son irrevocables. Y cuando hemos traído y esparcido los dolores de España, cuando pedíamos en todos los tonos y en todos los sitios ayuda

para su grandiosa circunstancia enlutada, esa sola palabra *España*, ese sólo pétalo España, esa palabra pura, nos ayudaba en la lucha de independencia que acabamos de sostener, mucho más de lo que ayudó el oro al candidato vencido. Hora es de decirlo: la inmensa corriente popular que ha llevado al poder a nuestro venerado presidente, don Pedro Aguirre Cerda, tiene una inmensa deuda con España, deuda que esperamos y exigimos se pague con la misma generosidad que España tiene con el mundo, al defender la cultura con todas las palabras y con toda la sangre (Neruda *Obras completas. IV* 370).

No fue la única ocasión: en el anteriormente citado discurso de Montevideo de marzo de 1939 denunció la situación de los refugiados en los campos de concentración que en Francia se habían creado para emplazar en condiciones infrahumanas a los exiliados españoles. Por todo ello, América y Chile debían abrir sus brazos y acoger a los que habían defendido la democracia:

América entera debe movilizarse, a nosotros nos toca también borrar esa vergüenza, y al decir con orgullo que mi gobierno recibirá, a pesar de la desolación que recién nos azota, a los emigrados españoles, tengo que pedir la ayuda de todos vosotros, porque si bien Chile tiene tierras para la paz y para el trabajo que quienes quieran cobijarse bajo nuestra solitaria estrella, no tenemos en nuestro país sacudido por la desgracia, el dinero necesario para transportar españoles. En todas partes, por eso, escribanos, digamos, pensemos: los españoles a América, para formar un nuevo movimiento de unidad y de auxilio hacia la emigración. Que no se oiga en estos meses de angustia, y sobre España, sino estas palabras: españoles a América, españoles a las tierras que ellos entregaron al mundo. No, no has muerto España, no has muerto... España sobrehumana, España de las lámparas de aceite, España de los cereales, del vino y de la abstracción heroica: no, sólo descansa tu sangre un minuto, para que la historia sepa lo que pierde, para que la libertad se mire de pronto solidaria, para que la cultura se sienta de pronto solitaria, para que la cultura se sienta de pronto abandonada, para que el hombre se toque el corazón y se pregunte: dónde está?, donde está España? Y le contestamos: está para jamás, en nuestra lucha ardiente, está fundida en el destino del mundo, está en los nuevos caminos del viejo océano que ella revelara hace siglos, está en los viejos pensamientos de paz, de dignidad y de justicia que tu martirio (Neruda *Obras completas. IV* 388-389).

En ese mismo mes y con motivo de un homenaje al poeta recientemente fallecido Antonio Machado que se llevó a cabo en Buenos Aires, después publicado el 6 de junio de 1939 en el número 10 de *Aurora de Chile* (“En la muerte de Antonio Machado”), expuso su próximo viaje a Francia y su deseo de dar refugio a cuantos más españoles fuera posible:

Yo voy a Francia a recoger españoles y darles el refugio de Chile, porque en mi patria manda el pueblo, y es éste uno de sus mandatos. Yo no podré decírselo, pero se lo diré a un pescador gallego, a un labriego de Castilla, a un minero de Asturias, se lo diré a cualquier obrero vasco, catalán o andaluz, y sé que Machado, el poeta, escuchará este mensaje que llevo de un pueblo, porque Antonio Machado ya entró a la historia y la historia escucha y guarda lo grande y lo mezquino, lo alto y lo miserable, lo escucha todo para juzgar mañana (Neruda *Obras completas. IV* 391-392).

El mismo tema fue protagonista de un saludo que realizó a la Federación de Organizaciones Argentinas de Ayuda a los Refugiados Españoles (FOARE) el 4 de julio de 1939 en el que solicitaba toda la colaboración posible:

América debe tender la mano a España en la desventura. Millares de españoles se amontonan en inhumanos campos de concentración, llenos de miseria y angustia. Traigámosles a América, Chile, recién salido de una convulsión terrestre que lo ha cubierto de ruinas, abre las puertas para que en su territorio se alberguen estas víctimas españolas del fascismo europeo. Agregad a este gesto generoso vuestra ayuda material! Españoles a Chile (Neruda *Obras completas. IV* 393).

Tras trasladarle la idea de la necesidad de esta empresa personalmente al presidente chileno Pedro Aguirre, éste le ratificó en persona la misión que debía realizar. Para facilitar su labor, le nombró cónsul encargado de la inmigración española en París. Con este objetivo se presentó en la embajada de Chile en esta ciudad. Pero, pese a la expresa recomendación de las más altas esferas de su gobierno, los diplomáticos que trabajaban en Francia no le recibieron de forma positiva (*Confieso que he vivido* 161): “me instalaron en un despacho cerca de la cocina, me hostilizaron en todas las formas hasta negarme el papel de escribir”.

Incluso, situaron su oficina en un cuarto piso sin ascensor, por lo que los refugiados que acudían allí derrotados y destrozados física y anímicamente buscando un pasaje hacia Chile tenían que ascender con dificultades: “cada hombre que llegaba de la derrota y del cautiverio era una novela con capítulos, llantos, risas, soledades, idilios. Algunas de estas historias me sobrecogían” (Neruda *Confieso que he vivido* 164).

Entre aquellos que solicitaron viajar a América, el poeta realizó la selección de los tripulantes del *Winnipeg*, una labor ardua y compleja, ya que muchas familias estaban divididas en diferentes campos de concentración. Sin duda, el trabajo no resultó nada sencillo (Neruda *Confieso que he vivido* 414):

Yo no pensé, cuando viajé de Chile a Francia, en los azares, dificultades y adversidades que encontraría en mi misión. Mi país necesitaba capacidades calificadas, hombres de voluntad creadora. Necesitábamos especialistas. El mar chileno me había pedido pescadores. Las minas me pedían ingenieros. Los campos, tractoristas. Los primeros motores diesel me habían encargado mecánicos de precisión... Recoger a estos seres desperdigados, escogerlos en los más remotos campamentos y llevarlos hasta aquel día azul, frente al mar de Francia, donde suavemente se mecía el barco *Winnipeg*, fue cosa grave, fue asunto enredado, fue trabajo de devoción y desesperación.

En ese instante, el gobierno republicano español en el exilio colaboró con Neruda y adquirió un barco a la compañía France-Navigation, el *Winnipeg*, un carguero francés que había sido transformado para albergar a una gran cantidad de personas (habitualmente apenas portaba a una veintena de tripulantes). El nombre llamó la atención del poeta desde el primer momento, tal y como expuso en un artículo publicado en la revista *Ercilla* el 24 de septiembre de 1969:

Me gustó desde un comienzo la palabra *Winnipeg*. Las palabras tienen alas o no las tienen. Las ásperas se quedan pegadas al papel, a la mesa, a la tierra. La palabra *Winnipeg* es alada. La vi volar por primera vez en un atracadero de vapores, cerca de Burdeos. Era un hermoso barco viejo, con esa dignidad que dan los

siete mares a lo largo del tiempo. Lo cierto es que nunca llevó aquel barco más de setenta u ochenta personas a bordo. Lo demás fue cacao, copra, sacos de café y de arroz, minerales. Ahora le estaba destinado un cargamento más importante: la esperanza (Neruda *Confieso que he vivido* 414).

El máximo organismo español en el exilio también creó el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (S.E.R.E.) para colaborar directamente en esta empresa. Poco después, desde Chile se nombró a un encargado de negocios a cargo del propio poeta con el fin de colaborar con él. Incluso, una vez comenzado el proceso de selección el presidente chileno, Pedro Aguirre, le envió un telegrama en el que desmentía el embarque de republicanos españoles con destino a su país y le exigía una declaración pública negando este hecho:

Estaban ya a bordo casi todos mis buenos sobrinos, peregrinos hacia tierras desconocidas, y me preparaba yo a descansar de la dura tarea, pero mis emociones parecían no terminar nunca. El gobierno de Chile, presionado y combatido, me dirigía un mensaje: “INFORMACIONES DE PRENSA SOSTIENEN USTED EFECTÚA INMIGRACIÓN MASIVA ESPAÑOLES. RUÉGOLE DESMENTIR NOTICIA O CANCELAR VIAJE EMIGRADOS”. Qué hacer? (Neruda *Obras completas*. V 416).

El barco esperaba a sus pasajeros en un puerto cercano a Burdeos, el de Trompeloup. Ante esta difícil situación, el poeta se reunió con Juan Negrín, presidente de la República española en el exilio, quien le comentó la compleja situación y las tres posibles soluciones:

La primera, abominable, era sencillamente anunciar que había sido cancelada la emigración de españoles para Chile. La segunda, dramática, era denunciar públicamente mi inconformidad, dar por terminada mi misión y dispararme un balazo en la sien. La tercera, desafiante, era llenar el buque de emigrados, embarcarme con ellos, y lanzarme sin autorización hacia Valparaíso, a ver qué ocurriría (Neruda *Confieso que he vivido* 167).

Negrín le pidió que llamara por teléfono a algún encargado del gobierno chileno y le explicara cuál era la situación. Pese a las dificultades de una conferencia telefónica transoceánica, Neruda logró hablar con el ministro de Relaciones Internacionales, al que le transmitió que no acataba la nueva orden del presidente. Tras la charla con este ministro y seguramente después de haber recibido algunas presiones, Aguirre envió un nuevo telegrama exhortando que se prosiguiera con la inmigración: “mi indignación y mi angustia se oyeron a través de océanos y cordilleras y el ministro se solidarizó conmigo. Después de una incruenta crisis de gabinete, el *Winnipeg*, cargado con dos mil republicanos que cantaban y lloraban, levó anclas y enderezó rumbo a Valparaíso” (Neruda *Obras completas*. V 416).

4. La llegada del *Winnipeg* a Chile. Desenlace final

Semanas después, más en concreto en la noche del 4 de agosto de 1939, el *Winnipeg* partió de Francia con destino a Chile. Muchos de sus tripulantes pertenecían a

la órbita comunista, un hecho que ha sido criticado por otras facciones que integraban el Frente Popular español, sobre todo anarquistas y de otras tendencias izquierdistas más moderadas. Sea como fuere, en la despedida estuvieron representantes del S.E.R.E., del gobierno republicano español en el exilio y algunas autoridades francesas (Neruda *Obras completas*. V 414):

Ante mi vista, bajo mi dirección, el navío debía llenarse con dos mil hombres y mujeres. Venían de campos de concentración, de inhóspitas regiones, del desierto, del África. Venían de la angustia, de la derrota, y este barco debía llenarse con ellos para traerlos a las costas de Chile, a mi propio mundo que los acogía. Eran los combatientes españoles que cruzaron la frontera de Francia hacia un exilio que dura más de 30 años.

Los pasajeros llegaron al embarcadero en diferentes trenes. Allí se vivieron escenas de gran emoción, ya que se reencontraron numerosas familias que habían estado separadas desde el final de la guerra. También se identificó y chequeó a los viajeros para ratificar si estaban aptos para subir al *Winnipeg*. El propio Neruda tenía la última palabra: “yo decretaba el último SÍ o el último NO. Pero yo soy más SÍ que NO, de modo que siempre dije SÍ” (Neruda *Confieso que he vivido* 415).

El poeta tuvo un único momento de duda con un trabajador del corcho ya que, según esgrimió en la charla que tuvo con él, en Chile no había alcornoques. Finalmente, tras atender a la convincente respuesta del republicano español, accedió a que subiera a bordo con toda su familia:

Pero, véase bien, estuve a punto de estampar una negativa. Por suerte comprendí a tiempo y me libré de aquel NO. Sucede que se presentó ante mí un castellano, paletó de blusa negra, abuchonada en las mangas. Ese blusón era uniforme entre los campesinos manchegos. Allí estaba aquel hombre maduro, de arrugas profundísimas en el rostro quemado, con su mujer y sus siete hijos. Al examinar la tarjeta con sus datos, le pregunté sorprendido:

- Usted es trabajador del corcho?
- Sí señor –me contestó severamente.
- Hay aquí una equivocación –le repliqué-. En Chile no hay alcornoques. Qué haría usted por allá?
- Pues, los habrá –me respondió el campesino.
- Suba al barco –le dije-. Usted es de los hombres que necesitamos.

Y él, con el mismo orgullo de su respuesta y seguido de sus siete hijos, comenzó a subir las escalas del barco *Winnipeg*. Mucho después quedó probada la razón de aquel español inquebrantable: hubo alcornoques y, por lo tanto, ahora hay corcho en Chile (Neruda *Obras completas*. V 415-416).

Para afrontar con éxito un extenso trayecto de cerca de cuatro mil kilómetros de travesía, se creó un organigrama en el barco para que se cumplieran las mínimas

necesidades higiénicas, de alimentación, ventilación y descanso. Entre incomodidades y falta de espacio, se organizaron un servicio de guardería, clases y distracciones para los niños. Incluso, hubo nacimientos a bordo. También se crearon agrupaciones musicales corales y se dictaron charlas y conferencias acerca del país que les iba a acoger.

Tras soportar tormentas y un gran oleaje, realizaron escalas en la Isla de Guadalupe y en Panamá, país en el que tuvieron que estar anclados durante varios días en pleno mes de agosto debido a que había que solicitar los permisos para cruzar el canal. Mientras, en Chile se esperaba con impaciencia la llegada de los refugiados, por lo que se contactó con empresarios de diferentes ámbitos para buscar trabajo y alojamiento a los que estaban llegando. Además, también se realizaron colectas y actos benéficos para recaudar fondos que irían dirigidos a mejorar las condiciones de los ex combatientes y sus familias.

Con un pasaporte colectivo, atracaron por primera vez en Chile el 30 de agosto de 1939, más en concreto en el puerto de Arica. En ese momento, la música tomó protagonismo, ya que los nuevos habitantes del país sudamericano entonaron diferentes canciones tradicionales para agasajar a sus benefactores y como modo de exteriorización de su felicidad. Hasta ese momento, siempre habían pensado que el *Winnipeg* podría recibir una orden de regresar a Francia que, por fortuna, nunca se consumó. Tras desembarcar, algunos refugiados decidieron permanecer en esta ciudad y atender a las ofertas de empleo que les llegaron como pescadores, mineros y en la construcción de diferentes ferrocarriles.

Pocos días después, retomaron su marcha hacia el puerto de Valparaíso. Pese a que llegaron el 2 de septiembre, se decidió postergar su descenso a tierra hasta las primeras horas del domingo 3 de septiembre. Sin duda, este momento se convirtió en una fecha histórica en la que se logró concretar un sueño hecho realidad.

Fueron recibidos efusivamente por una gran multitud. Tras una comprobación sanitaria y después de entregarles nuevas ropas, se llevó a los nuevos chilenos a un tren que les trasladaría a sus distintos destinos, aunque otros muchos también se quedaron en Valparaíso y en otras poblaciones costeras. Como conmemoración de este instante, el propio Pablo Neruda escribió en esta ciudad unas bellísimas palabras como bienvenida para los recién llegados:

Espanoles:

Tal vez de toda la vasta América fue Chile para vosotros la región más remota. También lo fue para vuestros antepasados. Muchos peligros y mucha miseria sobrellevaron los conquistadores españoles. Durante trescientos años vivieron en continua batalla contra los indomables araucanos. De aquella dura existencia

queda una raza acostumbrada a las dificultades de la vida. Chile dista mucho de ser un Paraíso. Nuestra tierra solo entrega su fruto a quien la trabaja duramente.

Republicanos:

Nuestro país os recibe con cordial acogida. Vuestro heroísmo y vuestra tragedia han conmovido a nuestro pueblo. Pero tenéis ante vosotros sólo una perspectiva de labor que puede ser fecunda para bien de vuestra nueva patria, aparada por su Gobierno de base popular (Ferrer 6).

Según apunta Fernando de la Sierpe (online) citando un pasaje de *Contramemorias de un transterrado* de Leopoldo Castedo, la llegada a Santiago de Chile fue también conmovedora:

Si la recepción en Valparaíso fue emocionante, la de Santiago llegó a límites inimaginables. La Estación Mapocho de airosa arquitectura metálica, estaba repleta de entusiastas, hombres, mujeres, viejos y jóvenes. Estos se habían trepado a las farolas y a las estructuras sobresalientes del edificio. Los gritos, los abrazos, no tenían límite ni descanso. A los españoles del exilio, sustantivo que empleo transitoriamente, porque no cuadra emplearlo en Chile, se nos había transmutado de proscritos abyectos en héroes de una guerra que Chile había seguido apasionadamente, como si hubiera sido suya.

Si atendemos las investigaciones de Jaime Ferrer Mir, que en el sexagésimo quinto aniversario de la llegada del barco a Chile realizó un nuevo recuento de los pasajeros que embarcaron en el *Winnipeg*, fueron dos mil trescientos sesenta y cinco las personas que zarparon desde Francia (él mismo señala que, involuntariamente, este recuento bien puede ser imperfecto). Para realizar este estudio, entró en contacto con el canciller Manuel Vías, que trabajaba en el Consulado de España en Chile. El maestro fue clave para conocer el nombre de todas estas personas, ya que guardó durante muchos años una caja en la que aparecían los datos que los exiliados indicaron a su llegada a Valparaíso:

Entre los aportes de Manolo, hubo uno que todos quienes de algún modo estamos vinculados con los españoles del “Winnipeg” debemos agradecerle mientras vivamos: una pequeña caja de zapatos donde permanecieron guardadas durante décadas las tarjetas que diferentes personas fueron escribiendo a mano – ese día domingo 3 de septiembre de 1939- con los datos personales de los exiliados a medida que ponían pie en tierra. Las tarjetas quedaron finalmente olvidadas en un sótano del antiguo Consulado de Valparaíso hasta que desde España llegó la orden de cerrar dicha oficina consular. A Manuel Vías le correspondió cumplir esa disposición que era clara en cuanto que se debía destruir toda la documentación existente. Eran tiempos franquistas. Cuando Manolo descubrió el contenido de la caja, no vaciló. La tomó y la guardó intacta por años en su casa hasta que comprendió que había llegado el momento de reintegrarla al Consulado donde actualmente presta sus funciones profesionales (Ferrer 5).

No todos los tripulantes del *Winnipeg* destacaron por su ideología republicana y por haber mantenido el respeto hacia sus propios compañeros de travesía y por aquellos que les ayudaron. El propio Pablo Neruda comentó que, un día, un hombre de mediana edad le agradeció el trabajo que realizó para llevarlos a Chile, y le propuso una invitación en la que festejar y gratificar esta labor. Tras su muerte, dejó todas sus pertenencias en una caja fuerte en la que tenía depositados sus papeles. Su viuda, después de analizarlo, se llevó una gran sorpresa (Neruda *Confieso que he vivido* 360):

Los documentos guardados descubrían que el difunto había sido siempre un agente fascista. Las copias de sus cartas revelaban los nombres de decenas de emigrados que, al volver a España clandestinamente, fueron

encarcelados o ejecutados. Había incluso una carta autógrafa de Francisco Franco agradeciendo sus servicios. Otras indicaciones del catalán sirvieron a la marina nazi para hundir barcos de carga que salían del litoral chileno con pertrechos. Una de esas víctimas fue nuestra bella fragata, orgullo de la marina de Chile, la veterana *Lautaro*. Se hundió durante la guerra, con su carga de salitre, al salir de nuestro puerto de Tocopilla. El naufragio costó la vida a diecisiete cadetes navales. Murieron ahogados o carbonizados. Estas fueron las hazañas criminales de un catalán sonriente que un día cualquiera me invitó a almorzar.

Pese a la gran alegría por el trabajo realizado, el poeta tenía en mente realizar otros viajes para trasladar a más republicanos españoles a Chile, aunque finalmente y por diferentes motivos no se llevaron a cabo. Incluso, trató de auxiliar a algunos de los amigos literatos y artistas con los que convivió en España, aunque con distinta suerte. Uno de los casos que más le afectó fue el de Miguel Hernández, al que ofreció asilo en la embajada chilena tras la toma de Madrid por las tropas nacionalistas.

El poeta, en un primer momento, no lo aceptó. Cuando cambió de opinión obligado por las circunstancias, no pudo ser aceptado. Así lo narró en un curso celebrado en 1942 y que después fue publicado en el número 199-200 de la *Revista del Colegio Libre de Estudios de Buenos Aires*, editada en octubre y noviembre de 1943, “Viaje al corazón de Quevedo”:

Creyó que podría seguir combatiendo. Entraban ya los fascistas en la capital española cuando él salía a pie hacia Alicante. Llegaba tarde. Estaba encerrado. Volvió como pudo a Madrid, desesperado y despedazado. Ya la embajada no quiso recibirlo. La Falange Española cuidaba las puertas para que no entrar ningún español, para que no se salvara ningún republicano en el sitio que albergó durante toda la guerra a más de 4.000 franquistas. Miguel Hernández fue detenido y poco después condenado a muerte (*Neruda Obras completas. IV 423*)

Pese a esta condena, Neruda continuó tratando de ayudar al murciano. Mientras estaba trabajando en París en la repatriación del *Winnipeg*, contó la situación de Miguel Hernández a la escritora María Anna Comnene, que quedó hondamente conmovida, ya que le admiraba en gran medida. Por ello, ambos se pusieron en contacto con un veterano cardenal francés, monseñor Baudrillart, y le dieron a leer algunos poemas del periodo católico de Hernández. El religioso, también afectado por la lectura, envió al mismísimo general Franco una carta en la que apelaba a su buena voluntad para liberar al poeta. La misiva tuvo su efecto: al poco tiempo, fue declarado hombre libre, aunque a su regreso a su pueblo natal la suerte le fue esquiva:

Entonces recibí su última carta. Me la escribió desde la embajada de mi país para darme las gracias. “Me marchó a Chile –me decía-. Voy a buscar a mi mujer a Orihuela”. Allí lo detuvieron de nuevo y esta vez no lo soltaron. Ya no pudimos intervenir por él. Allí murió hace pocos meses, allí quedó apagado el nuevo rayo de la poesía española (*Obras completas. IV 424*).

Neruda resumió toda su experiencia en un bellissimo poema que se integró en el Memorial de Isla Negra (Ferrer 38-39):

MISIÓN DE AMOR

Yo los puse en mi barco.
Era de día y Francia
su vestido de lujo
que cada día tuvo aquella vez,
fue
la misma claridad de vino y aire
su ropaje de diosa forestal.
Mi navío esperaba
con su remoto nombre
“Winnipeg”
pegado al malecón del jardín encendido
a las antiguas uvas acérrimas de Europa.
Pero mis españoles no venían
de Versalles,
de baile plateado,
de las viejas alfombras,
de las copas que trinan
con el vino,
No, de allí no venían,
de más lejos,
de campos de prisiones,
de las arenas negras
del Sahara,
de ásperos escondrijos
donde yacieron
hambrientos y desnudos,
allí mi barco
claro,
al navío en el mar, a la esperanza
acudieron llamados uno a uno
por mí, desde sus cárceles,
desde las fortalezas
de Francia tambaleante
por mi boca llamados
acudieron,
Saavedra, dije, y vino el albañil,
Zúñiga, dije, y allí estaba,
Roces, llamé, y luego con severa sonrisa,
grité, Alberti!, y con manos de cuarzo
acudió la poesía.
Labriegos, carpinteros
pescadores,
torneros, maquinistas,
alfareros,
curtidores:
se iba poblando el barco
que partía a mi patria.
Yo sentía en los dedos
las semillas
de España
que rescaté yo mismo y esparcí
sobre el mar, dirigidas
a la paz
de las praderas.

5. Conclusión

El poeta Pablo Neruda fue un firme defensor de la II República y de la democracia española. Así lo dejó de manifiesto en múltiples alocuciones y escritos. Además, colaboró activamente con el Frente Popular e, incluso, organizó un congreso de literatura en un Madrid sitiado por la guerra. También conoció a los principales intelectuales y literatos españoles. Con algunos de ellos, como fueron el caso de Federico García Lorca y Miguel Hernández, mantuvo una estrecha relación.

Por todo ello, cuando se fueron conociendo las noticias sobre el estado de muchos exiliados republicanos en Francia, no dudó en tratar de ayudarles y ofrecer la posibilidad de marchar a Chile. Tras aunar a diferentes organizaciones y organismos, entre ellos el gobierno español en el exilio y otras colaboraciones económicas, como la de los cuáqueros, consiguió botar el *Winnipeg*, un barco que salió con cerca de dos mil quinientas personas a bordo hacia el país americano.

En su ideario, Neruda tenía en mente poder realizar más viajes, aunque no se pudieron llevar a cabo más. Pese a ello, dejó una frase para la historia al recordar unos años después el viaje del *Winnipeg* y a todas las personas a las que ofreció una nueva vida: “que la crítica borre toda mi poesía, si le parece. Pero este poema, que hoy recuerdo, no podrá borrarlo nadie” (Neruda *Obras completas*. V 417).

5. Bibliografía y recursos electrónicos

Castedo, Leopoldo. *Contramemorias de un transterrado*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1997.

De la Sierpe, Fernando. “Los andaluces y el Winnipeg”. <http://www.andalucia.cc/winnipeg/>. Recuperado el: 6-3-2013, 22:30 h.

Ferrer Mir, Jaime. *Nómina actualizada de los viajeros del ‘Winnipeg’*. Santiago de Chile: Ediciones Cal Sogas, 2004.

Neruda, P. 1999. *Confieso que he vivido*. Madrid, Millenium, 1999.

_____ 2006a. *Obras completas*. IV. Barcelona, RBA, 2006a.

_____ 2006b. *Obras completas*. V. Barcelona. RBA, 2006b.

Ossa, M. A. de la. *La música en la guerra civil española*. Madrid: SEdeM, 2011.